

Capítulo 76 - - La Curación - Guía Práctica de Magia [Libros 1-4, Reparando el 3 de Julio]

- Capítulo 76 - - La Curación - Guía Práctica de Magia [Libros 1-4, Reparando el 3 de Julio]

Capítulo 76 - - La Curación - Guía Práctica de Magia [Libros 1-4, Reparando el 3 de Julio]

Siobhan

Día 17, mes 1, domingo, 21:00 horas

Como ya se había convertido en una rutina, Sebastien fue primero a la Puerta de Seda, donde adoptó el nombre de Siobhan junto con su verdadero cuerpo. En esta ocasión, volvió a aclarar la sección frontal de su cabello, usando nuevamente el hechizo de cambio de color en lugar de una mezcla alquímica, y lo ató en un moño severo. Al notar que el resto de su cabello no solo era oscuro, sino que tenía un tono azul negro iridiscente, también lo arregló. ‘Otra diferencia entre Siobhan Naught y la Reina Cuervo. O más bien, entre Silvia Nakai y la Reina Cuervo.’ Volvió a usar las gafas de pasta con montura de cuerno falsas que le había conseguido Katerin cuando ella realizaba las guardias de señal en las esquinas de la calle en todo el territorio del Ciervo Verde. No llevó la crema labial roja. Ser Sebastien era algo fuera de cuestión para esto, pero esperaba poder simplemente ser Silvia, una auxiliar de sanación sin más, y no la Reina Cuervo.

Hubo un tiempo en que su nombre parecía algo intrínseco, una cosa que llevaba significado al describir su identidad fundamental. Si alguien le hubiera preguntado quién era, habría respondido, “Siobhan Naught,” sin titubear, y lo habría sentido de verdad. Era una etiqueta que abarcaba todo lo que era. Ahora, si alguien le hacía la misma pregunta, tendría que comprobar qué apariencia llevaba puesta y qué papel interpretaba antes de contestar. La única parte de ella que permanecía intacta eran sus entrañas —su mente y su magia—, y, por supuesto, ningún ser humano permanecía igual con el paso del tiempo. Todos los seres vivos, en constante crecimiento y cambio, estaban en un estado de metamorfosis lento. ‘ Llegará un momento en que seré diferente. Pero, espero, que nunca llegue ese momento en que ya no me reconozca a mí misma.’

Trazó un sendero indirecto hasta la dirección que Oliver le había dado. Entró por la puerta trasera, que había quedado sin cerrojo, y se adentró en la habitación posterior de una tienda donde todos los suministros habituales habían sido trasladados a un lado. En su lugar, las estanterías estaban llenas de pociones, vendas y algunos artefactos médicos básicos. Dos mesas de operación grandes y cuadradas estaban en el centro, y una pared estaba alineada con camastros.

La habitación estaba vacía. Algo en estar sola en un lugar extraño, en la oscuridad, le hacía sentir que la observaban desde las sombras.

“¿Hola?” llamó, con una voz lo suficientemente débil para que no viajara muy lejos.

No hubo respuesta.

‘La sanadora aún no debe haber llegado.’ Cerró la puerta tras ella, encontró un cristal de luz y comenzó a prepararse, organizando sus propias pociones y familiarizándose con los suministros listos. Ambas mesas de operación tenían en sus superficies lisas un Gran Círculo grabado. Un de ellos tenía una pentagrama y un pentágono en el centro, y el otro, un hexagrama y un hexágono. Con esas cuatro configuraciones, las mesas deberían ser suficientes para cubrir casi todos los hechizos básicos de sanación.

Los minutos parecieron extenderse, y Siobhan se vio caminando de un lado a otro, intentando liberar la energía nerviosa que se acumulaba en su interior.

Cuando los sonidos lejanos de una pelea llegaron a sus oídos, ella todavía no había llegado la sanadora.

A los pocos minutos, cuando estaba tan tensa que parecía un fantoche a punto de romperse, un golpe frenético en la puerta la hizo saltar.

No había ventanas traseras, así que tuvo que abrir la puerta para ver quién era.

Tan pronto como lo hizo, dos hombres la empujaron, uno apoyando al otro.

El hombre herido estaba gravemente quemado. La piel en su cabeza, cuello y un brazo ya comenzaba a formar burbujas, y olía incómodamente a cabello quemado mezclado con cerdo asado.

—¿Eres la sanadora, verdad? —preguntó el hombre ileso, esforzándose por soportar a su compañero casi insensible.

Siobhan negó con la cabeza. —No. Yo—

Detrás de ellos, una mujer los seguía, con su varita de combate en mano y los ojos escudriñando la calle en busca de peligro. —¿Estamos en el lugar equivocado? —preguntó con insistencia—. Nos prometieron que aquí habría una sanadora.

—Es el lugar correcto —respondió Siobhan—. Pero la sanadora aún no ha llegado. Yo—

El hombre quemado sollozaba con desesperación. Su rostro presentaba ampollas severas, un párpado fundido con la piel circundante y su oreja de ese lado casi completamente quemada.

Siobhan tragó con dificultad, resistiendo el olor nauseabundo, y empujó los hombros hacia atrás. —Ponlo en la camilla —ordenó, señalando la que tenía un pentágono y un pentagrama. De todos

modos, no podía realizar ninguno de los hechizos de curación más avanzados que requerían un hexagrama. Se acercó a la estantería de pociones. —Yo no soy la sanadora, soy una asistente. No puedo hacer todo, pero puedo ayudar.

El hombre y la mujer colaboraron para colocar al quemado sobre una de las mesas, lo cual solo provocó más lamentos de dolor del herido. —Fritz —balbuceó.

El hombre tomó su mano y la apretó con firmeza. —Estoy aquí, amigo. Te tengo —dijo con voz reconfortante.

Siobhan se colocó un delantal que cubría todo el cuerpo y regresó con una poción y un frasco de ungüento.

Destapó la poción y la administró lentamente por la parte sana de la boca del quemado. —Esto aliviará el dolor —le indicó—. Estarás bien, te lo prometo.

El herido obedeció, trago tras trago, con un ligero temblor, probablemente por el shock.

Luego, le ofreció una de sus pociones recién creadas para potenciar la regeneración, dejándolo beberla en lugar de intentar verterla uniformemente sobre la extensa zona dañada. Así, su sanación sería interna y completa.

—Píralo para que quede de lado, sobre el lado sano. Alguien pásame unas tijeras y unas pinzas —ordenó. Sacó el tiza de su bolsillo y comenzó a dibujar glifos en la mesa. Su conducto secreto estaba presionado entre su pantorrilla y el cañón superior de sus botas altas, formando una dolorosa marca en su piel, pero no podía revelarlo, así que utilizó uno prestado por el profesor Lacer. Era poco probable que lo reconocieran, y no había forma de rastrear su uso. Aplicó un hechizo simple e improvisado para extraer lentamente algo del calor de las quemaduras, ayudando a evitar que siguiera cocinándose lentamente.

El potente hechizo analgésico hizo efecto justo en el momento en que ella trabajaba, liberando al herido con un largo suspiro de alivio, la tensión abandonando su cuerpo. Su respiración se profundizó al caer en un estado de inconsciencia.

Fritz regresó con las herramientas solicitadas, que Siobhan utilizó para cortar y remover la ropa del paciente de su piel quemada. —¿Qué causó sus heridas? —preguntó.

—Hechizo de bola de fuego —respondió la mujer con brevedad.

Siobhan meditó pensativa. —¿Tienetos o líquido en los pulmones?—

—No.

—Probablemente no hay quemaduras internas entonces. —¿La bola de fuego lo lanzó por los aires? ¿Se estrelló contra algo?—

—No. No fue por un golpe con convulsiones —dijo la mujer—. Solo fue calor.

—Eso es bueno. Tendrá cicatrices si no puede pagar los hechizos de curación más poderosos, pero vivirá mientras pueda mantener su piel adherida a su cuerpo.

Fritz tragió audible. “¿Qué tan probable es que no puedan? Mantener la... piel en su cuerpo, es decir.”

Siobhan frunció el ceño mientras observaba las quemaduras extensas. No pudo eliminar todo el paño y las cenizas de las heridas, pero pensó que esa era tarea de alguien más diestro. Mientras no muriera de inmediato, su trabajo estaría hecho. “No lo sé. Si el sanador llega alguna vez, diría que es bastante probable que salga de esto con algunas cicatrices. Si no, al menos lograré mantenerlo con vida durante la noche. Para el resto...” Hizo un gesto de encogimiento, revisando las pociones para limpiar heridas en la estantería, buscando una que fuera lo suficientemente suave para no desgarrar aún más la piel quemada.

Encontró un frasco y lo vertió generosamente sobre el hombre inconsciente.

“¿Tienes alguna idea de dónde podría estar el sanador?” preguntó Fritz. “Es solo... parece que estás completamente sola aquí. Nuestros órdenes eran dejar a los heridos y volver a la batalla, pero quizá deberíamos quedarnos. Tal vez necesites protección.”

Al mirar las partículas de tierra, ceniza y paño que la suave efervescencia de la poción levantaba, ella dijo: “Pueden quedarse por ahora. Podría necesitar una mano adicional o dos cuando llegue más gente herida. Uno de ustedes debería custodiar la puerta mientras tanto.”

Siobhan se había lavado las manos mientras esperaba la llegada del sanador, pero aún así las enjuagó otra vez en un recipiente con alcohol fuerte que había vertido en la esquina. Todos los libros de curación que había leído estaban rabiosamente paranoicos respecto a la posibilidad de infección, la cual muchas veces no podía tratarse sin pociones o hechizos de verdadera sanación, y era una causa principal de muertes retrasadas. La infección, durante mucho tiempo, se atribuyó a malos humores, pero según el profesor Gnorrish y los últimos libros médicos, en realidad era causada por diminutas criaturas similares a animales, demasiado pequeñas para verse a simple vista, que se reproducían dentro de una persona como los gusanos en una pieza de carne. Bacterias. El alcohol las mataba.

Asegurándose de que no infectaría al hombre con su toque, sumergió un dedo en el frasco de ungüento para quemaduras y empezó a aplicar suavemente la sustancia pegajosa sobre su piel dañada. Solo cubrió un par de pulgadas cuando unos gritos desde la calle llamaron su atención.

La mujer tenía su varita de combate en mano al asomarse por la puerta, pero lo que vio la hizo relajarse ligeramente. “¡Aliados, llevando heridos!”

Siobhan echó un vistazo rápido hacia afuera, se dio la vuelta y dijo: “Ayúdame a moverlo. Necesitaré la camilla de operaciones, y no está en estado crítico.” Con tanto cuidado como pudieron, sin mover demasiado sus quemaduras, lo trasladaron a una de las camillas justo cuando el nuevo grupo entraba apresuradamente por la puerta.

Trajeron más quemaduras, una pierna rota y lo que ella creyó que era un pulmón perforado por una costilla quebrada.

Siobhan entró en una especie de trance de concentración, dictando órdenes, formulando preguntas y priorizando las heridas con la mayor precisión posible.

El pulmón perforado era lo peor, pero aparte de su hechizo de espejo de carne con magia de sangre, en realidad no tenía forma de curarlo. Le dio al herido una chispa de un potente filtro contra la tos y luego lanzó una versión modificada de un hechizo simple para despejar senos nasales. “No. Toses,” advirtió.

El hechizo hizo que salieran globos de sangre y mucosidad, que se derramaron por su boca en un caos de babas y bultos, cayendo en el cuenco que ella tenía preparado. El hombre se tensó, conteniendo la respiración para no toser en medio del terrible tumulto en sus pulmones.

Ella levantó de nuevo el filtro contra la tos, permitiéndole respirar otro suspiro tranquilizador. “Respira superficialmente.” Luego le entregó una poción para reponer la sangre. “¿Alguien tiene un filtro para sellar los pulmones?” llamó. Había comprado algunos para el Ciervo Verde en la reunión secreta de los taumaturgos, pero no había ninguno en las estanterías.

“¡Yo tengo!” respondió un hombre con retraso, buscando entre el cinturón de utilidades semiabastecido que llevaba en la cintura. Lo soltó, pero con reflejos rápidos, Siobhan logró atraparlo antes de que cayera al suelo y se lo entregó con cuidado al paciente.

El hombre respiró profundamente, tanto como pudo, y el filtro cumplió su función, cubriendo el interior de sus pulmones con un sello que aumentaría la presión en la herida y ayudaría a evitar que se ahogara con su propia sangre.

Siobhan lo envió a uno de los catres en la esquina. “Sigues sangrando. Estamos esperando al sanador. Si notas que tu pulmón empieza a llenarse otra vez, toca la campana y vendré a liberarlo. Sin hablar, sin toser, respiraciones pausadas,” ordenó, entregándole una campana de latón barata que había tomado de una de las estanterías.

‘Al menos tenemos suficiente abastecimiento,’ se consoló a sí misma.

Todos los quemados apilaron sus partes afectadas o sus cuerpos completos en la mesa, y ella extrajo el calor de la carne quemada, luego eliminó cualquier fragmento grande de material o tela de las heridas, repitiendo el mismo proceso que la primera vez. Los más graves recibieron suficiente poción analgésica para dejarlos inconscientes.

Hizo que Fritz se frotara con alcohol, y luego le asignó la tarea de aplicar ungüento para quemaduras. “Es demasiado sencillo como para fallar. Dedo, no frotar. Sé generoso con el ungüento, tenemos mucho. Lava bien tus manos entre cada paciente.”

Volvió su atención al hombre con una pierna rota. La pierna no estaba exactamente destrozada, pero un borde afilado de hueso sobresalía de su espinilla, y la extremidad estaba torcida de manera antinatural en el punto de la fractura. Por el pálido color de su pie y las contusiones

púrpuras en descomposición alrededor de la herida, dudaba que la sangre fluyera adecuadamente. ‘Se va a perder ese pie si no hago algo,’ pensó. ‘Quizá pueda dejarlo inconsciente con un analgésico, llevarlo al salón principal de la tienda y alejar a los demás, y ver si al menos puedo colocar el hueso en su lugar y reconectar los vasos sanguíneos con el hechizo del espejismo de carne. Estas personas pueden ser suspicaces ante el secreto, pero no son sanadores. Se me puede ocurrir una excusa plausible...’

Reflexionaba sobre la herida mientras el paciente de rostro pálido la observaba fijamente.

“¿Puedes arreglarla?” preguntó.

“¡Por supuesto que sí!” exclamó un hombre desde detrás de ella.

Se volvió para ver al Sanador Nidson, el mismo hombre al que Oliver la había llevado cuando sufrió el esfuerzo con Will.

Nidson estaba rodeado por tres hombres con varitas. Su camisa blanca estaba salpicada de sangre, y sus manos, rodillas y zapatos cubiertos de lo que parecía una mezcla de barro y sangre.

Siobhan casi colapsa de alivio. “Gracias a los dioses,” susurró.

Nidson inspeccionó el entorno con mirada crítica, luego dirigió su mirada penetrante hacia Siobhan. “Me pondré al tanto mientras asistes. Ve a buscar el limpiador de heridas. Fuerza cinco. Y necesito un fregadero y alcohol. Encuentra un delantal limpio. ¡Y date prisa!”

Siobhan lo señaló hacia el lavamanos en la esquina, le entregó una botella de alcohol y luego se apresuró a traer el resto de lo solicitado, explicando las heridas que había evaluado y las medidas que había tomado para tratarlas a medida que avanzaba.

Estaba preparado y al día unos minutos después, justo cuando llegaba otra oleada de heridos.

Había gente del Manada de los Ciervos y del Ala de la Pesadilla, pero también hombres inconscientes vestidos con el rojo de los Morrow, e incluso algunos civiles. Las heridas eran peores.

“Los Morrow estaban preparados,” jadeó uno de los hombres. “La mitad de ellos tenían varitas de explosión sobrepuestas. Derribaron una parte de un edificio en nosotros. Los civiles quedaron atrapados en ello. Nosotros atrapamos a quienes pudimos. Hay más allá, algunos muertos. Habrá—” Se detuvo para toser violentamente, y luego gritó, “Hay más heridos en camino, en cuanto puedan venir por su cuenta o podamos traerlos.”

Nidson empezó un diagnóstico rápido de ese hombre usando un artefacto que emitía una pulsación de luz y sonido, y luego observó sus diales y escalas para obtener el resultado. “No hay hemorragia interna evidente. Está listo para continuar.”

La última tanda de personas heridas presentaba lesiones que estaban más allá de la capacidad de Siobhan para ayudar directamente. Ella podía encargarse de limpiar las heridas de los fragmentos de madera y piedra incrustados en la carne por las explosiones, y sabía lo suficiente para

administrar las pociones básicas adecuadas. Pero no podía hacer nada contra abdomen hundido, cráneos y pelvis fracturados, espinas cortadas, órganos internos dañados o hemorragias internas... ni siquiera conmociones simples. Para esos casos, proporcionaba pociones para aliviar el dolor, reponer sangre y revivir, intentando mantenerlos con vida el tiempo suficiente para que el sanador pudiera atenderlos.

Era realmente asombroso ver a Nidson en acción. Antes había sido brusco, pero parecía competente de manera sencilla. Ahora era como un torbellino eficiente y borde. Utilizaba hechizos telequinéticos para mover huesos y carne a la posición correcta, lanzaba pociones menores de curación como si fueran agua, e incluso sacó componentes del Plano de la Resplandeciente Luz para lanzar hechizos de curación especializados en heridas particularmente graves.

La dirigía a ella—y a cualquiera que se mantuviera demasiado tiempo cerca—con instrucciones rápidas, enviando a los hombres no heridos de regreso a la lucha. Sus camillas se llenaban rápidamente, y cualquiera que estuviera consciente o estable para moverse era trasladado a la parte principal de la tienda y colocado en el suelo.

De esta manera, continuaban atendiendo a los heridos incluso mientras llegaban más.

Algunos murieron, o ya estaban muertos cuando llegaron, cargados por personas agotadas y muchas veces heridas también.

Siobhan se dio cuenta de que había estado equivocada al pensar que las pociones de curación normales eran costosas de manera ineficiente. Ser de uso general y sencillas era su mayor fortaleza. Podía administrar una poción de curación general a personas al borde de la muerte en lugar de una serie de pociones y hechizos específicos, brindándoles lo que necesitaban mucho más rápido. Podía usar una poción de curación sin tomarse el tiempo de diagnosticar la lesión con detenimiento, dejando los problemas específicos para más tarde. Algunos de los que llevaban estaban ya usando una de las pociones suaves de curación que los encargados les habían suministrado, y en algunos casos eso les había salvado la vida. Incluso civiles sin entrenamiento médico ni habilidades en magia, con los ojos borrosos por la sangre y las manos temblando, podían usar una.

Nunca había considerado que alguien pudiera estar tan gravemente herido que, en realidad, no tuviera suficiente espacio en su estómago para todas las pociones de uso específico que de otra manera necesitaría.

Una llama se extendía desde uno de los escenarios de la batalla, causada por el uso imprudente de un hechizo de bola de fuego. Estaban llegando más civiles con quemaduras o inhalación de humo, tantos que Siobhan temía que el exceso de stock de ungüento para quemaduras que tenían se agotara.

Fue peor de lo que Siobhan había esperado. No peor de lo que podía haber imaginado, pero aún así estremeció alguna fibra profunda en su interior. El momento más oscuro llegó cuando una abuela, con un muñón deformado en lugar de mano, le suplicó que salvara a su nieto, cuyas piernas habían sido completamente destrozadas. La mujer había atado los muñones con tiras de su propio vestido, usando solo su mano buena y sus dientes, y corrió todo el camino hacia ellos con el niño a la

espalda, siguiendo las instrucciones de los Enforcers del Pesadillas—la manada de Pesadillas—que habían estado luchando en la calle a su alrededor.

Siobhan pensó que el niño estaba muerto al mirarlo, pero Nidson afirmó que su corazón seguía latiendo. “Ha perdido demasiada sangre, sin embargo. No me quedan pociones de curación más potentes, y cualquier otra cosa tomará demasiado tiempo.”

“¡Solución adaptativa de Humphries!” gritó Siobhan, lanzándose hacia la estantería donde había colocado las botellas grandes esa misma noche. Empujó dos hacia sus manos.

“¿Siguen frescas?” preguntó él.

“Las preparé yo misma ayer,” le aseguró ella.

Nidson no perdió tiempo en colocar al niño sobre la mesa de operaciones. Con un bolígrafo de fuente y tinta espesa, dibujó el hechizo de perforación modificado, centrando exactamente sobre su pálido brazo. Usó una aguja diminuta para cosquillear apenas la piel en el centro del patrón y luego presionó la boca de cera de la botella sobre él, comenzando a conjurar e introduciendo el líquido directamente en la corriente sanguínea del niño.

Cinco minutos después, se transfundieron tres litros de líquido en el cuerpo del niño con poca pérdida, y su respiración era normal. Apenas había recuperado el color de la palidez mortal, pero eso era porque la solución de adaptación no era roja como la sangre.

Nidson pasó a las piernas del niño, pero Siobhan tomó un momento extra para mirar el rostro del niño inconsciente. ‘ Está vivo por mí. Lo hice mejor esta vez. ’

Nidson casi había terminado de sellar los muñones del niño cuando la guardia en la puerta gritó alarmada, lanzando un hechizo con su varita antes de saltar a un lado.

Medio segundo después, la puerta explotó.

La puerta abierta fue arrancada de sus goznes, y los bordes de la explosión alcanzaron a los que estaban más cercanos, lanzándolos por el aire y llenándolos de pedazos de ladrillos y astillas de madera.

Siobhan reaccionó a tiempo para cubrirse el rostro con los brazos, retrocediendo de la explosión y las esquirlas. Estaba lo suficientemente lejos para que solo la sacudiera de espaldas y la dejara con unos golpes en los brazos donde había sido alcanzada.

Nidson reaccionó aún más rápido que ella, sacando al niño de la mesa al suelo y protegiéndolo con su propio cuerpo.

Un grupo de combatientes de la manada de Pesadillas y del Ciervo Verde había estado junto a la puerta. Algunos se habían movido a tiempo. Aquellos que no, estaban tirados en el suelo, heridos o inconscientes. El hechizo de explosión de impacto había sido descentrado, impactando más contra la pared del edificio que directamente a través de la puerta, lo que probablemente les salvó la

vida.

Los oídos de Siobhan zumbaban por la presión de la onda expansiva y la gente gritaba de miedo y dolor, pero aún escuchó a la guardia femenina que había disparado contra ellos desde su varita, gritar: “¡Morrows!”

‘ Deben haber seguido a algunos de los nuestros,’ pensó Siobhan. “¡Aléjense de la puerta!” gritó. “¡Si alguien tiene un escudo, levántelo ahora!”

Las personas gateaban o eran arrastradas lejos. La guardia femenina pasó junto a ellas, cayendo de rodillas en la entrada con los puños, cubiertos con protectores para nudillos, en posición de defensa.

Otra explosión contundente impactó, esta vez más precisa en su objetivo, pero un escudo circular surgió de los puños de la mujer, más ancho que la puerta y casi tan alto, bloqueando la explosión y permitiendo que los heridos avanzaran más hacia la seguridad de la habitación. La mujer soltó un gruñido entre los dientes apretados por la tensión del impacto mientras resistía un segundo ataque, esta vez una bola de fuego que se vertía por el borde del escudo, acariciando el techo y las paredes, y abrasando la piel de la mujer.

“¡Devuélvenos a nuestros hombres!” gritó uno de los Morrows desde la calle. “¡Quiero a Andrews y a Jacob, o voy a colapsar ese edificio sobre ustedes!”

Siobhan agarró una de las mesas de piedra con una pierna y la arrojó hacia la puerta. “¡Retrocedan!” gritó a la guardia.

La mujer se apartó del camino, con los puños aún levantados, sosteniendo el escudo que brillaba tenuemente.

Desde el rincón de su ojo, Siobhan vio a uno de sus atacantes lanzar otro hechizo. Con un esfuerzo, volcó la mesa delante de la puerta y se arrojó al suelo detrás de ella, con las rodillas contra el pecho y los brazos rodeando su cabeza.

La mesa crujió con la impactante fuerza del hechizo atacante—otra explosión contundente—pero no se rompió por completo.

La mujer estaba arrodillada sobre Siobhan, con los puños aún levantados. Había reforzado la mesa con su artefacto de escudo, impidiendo que se rompiera, pero la mesa también la protegía del golpe más fuerte.

Siobhan logró arrastrarse y ponerse de pie. “Estamos atrapadas aquí, como ratas en una caja.” Levantó la cabeza unos segundos por encima del borde de la mesa, observando a los atacantes dispersos a ambos lados de la calle, algunos asomándose detrás de puertas o en las esquinas de los callejones. Buscó en su bolso.

Algunas de las civiles heridas corrían hacia la parte delantera de la tienda, esperando escapar por la puerta principal, pero muchas otras estaban inconscientes o demasiado debilitadas para

moverse.

Algunas de las enforzadas todavía lo suficientemente fuertes para luchar también se dirigían en esa dirección, y Siobhan esperaba que hubieran rodeado y atacado a los Morrows desde los lados o por detrás, no simplemente huyendo. Ella lo deseaba, pero no podía confiar en ellas. Había pensado en diferentes escenarios como este varias veces desde que Oliver le pidió que ayudara en la operación.

“¿Acaso tengo algún ataque efectivo a larga distancia, aparte de la especie de hechizo improvisado con resotera que usé contra los Morrows la última vez?” El problema era que los Morrows estaban dispersos, no agrupados bajo un solo hechizo de escudo, y si ella se acercaba a la puerta para atacarlos, era mucho más probable que ella recibiera el golpe que ellos. La barrera de la mesa solo aguantará por un tiempo. Sería suicidio.

Podría salir por la parte delantera de la tienda, rodear y tratar de sorprenderlos, pero eso seguía dejando el problema de enfrentarse a muchos, con ellos dispersos y difíciles de alcanzar con un ataque.

No, necesitaba un ataque que pudiera cubrir una amplia zona de una sola vez.

Y ella había preparado justo lo que necesitaba.

Llevó su bolso de vuelta a la puerta, sacando un filtro de hedor. No había suficiente viento para empujar la nube debilitante hacia sus atacantes, pero también tenía una solución para ese problema.

Seleccionó uno de sus hechizos de utilidad en papel.

La mesa, reforzada por el escudo de la mujer, que comenzaba a flaquear, sufrió otro golpe. Una flecha disparada desde una ballesta en el antebrazo atravesó la puerta, pero el tirador tuvo una puntería terrible y quedó clavada sin hacer daño en la pared trasera.

Tres otros combatientes estaban auxiliando a la enforcer femenina, agachándose para protegerse de los ataques y luego saltando para contraatacar. Parecía tener cierto efecto, reduciendo la velocidad con la que los Morrows podían lanzarles hechizos.

La estructura alrededor de la puerta había sufrido varios golpes más a medida que la puntería de los Morrows se deterioraba bajo la presión. Ninguno de ellos parecía dispuesto a acercarse más y exponerse como un objetivo evidente.

Siobhan arrojó la botella alquímica a la calle, donde se rompió. El aroma se expandió en una nube de aspecto enfermizo y vaga, algo visible.

Rápidamente, se agachó y colocó en la parte interior de la mesa el conjunto de papel con el hechizo de ráfaga, usando un poco de pegamento de fuerza moderada para adherirlo. El Círculo circunscribía un área esférica bajo su control, lo que en este caso significaba que también dominaba una sección del aire al otro lado de la superficie de la mesa, la que miraba hacia la calle.

Se dio cuenta tarde de que necesitaba una fuente de energía y, al voltearse para buscar una, el sanador le dijo: “¡Aquí!” y le lanzó el núcleo de bestia que había estado usando para realizar hechizos de sanación.

Siobhan no perdió tiempo en extraer energía de él. Estaba emocionada por el profundo manantial de potencial que podía sentir en el pequeño recipiente. Era como sostener un sol en miniatura, o un rayo, o toda la fuerza aplastante de la cascada más grande del mundo.

Solo necesitaba una fracción de esa energía y la usó para crear viento. El círculo para este hechizo era lo suficientemente pequeño para que lograra generar una verdadera fuerza a partir de la ráfaga.

El filtro de peste sopló por la calle, y aunque algunos de los Morrows fueron lo suficientemente astutos para cubrirse la cara con bufandas o con el codo, eso no fue suficiente para salvarlos. Las partículas eran pequeñas, filtrándose fácilmente a través de las telas, y nadie pensó en cubrirse los ojos.

El filtro no era solo un olor pestilente, sino también un irritante para las membranas mucosas más delicadas y un emético menor.

Siobhan ajustó varias veces en vuelo el ángulo de la brisa, usando únicamente su Voluntad para modificar la salida del hechizo de forma sencilla. Mantuvo la cabeza baja, casi oculta por el borde de la mesa, solo asomándose ocasionalmente para readaptar su puntería.

Los Morrows estaban cayendo, algunos vomitando violentamente en la calle, otros ciegos por las lágrimas que fluían de sus ojos, tachando mucos. Algunos decidieron que atacar el centro de sanación de emergencia ya no valía la pena y huyeron.

El artefacto de protección que la enforcer había estado usando dejó de funcionar, y un hechizo golpeó la mesa, lanzando algunos fragmentos de piedra rota que volaron hacia el rostro de Siobhan. Afortunadamente, sus gafas falsas la protegieron.

Algunos de los enforcers que lograron escapar por la parte delantera de la tienda efectivamente rodearon y dispararon a los Morrows que huían.

Siobhan intentó ser cuidadosa para no lanzar el hedor mágico contra sus aliados, pero era difícil de controlar, y no podían acercarse demasiado sin verse afectados.

El filtro se agotó después de unos minutos, soltando solo un pequeño hilo de vapores en lugar de una nube enorme, y Siobhan liberó su hechizo de ráfaga de viento.

“Protejan la entrada”, les ordenó a los combatientes que aún permanecían en el interior. Se dirigió al lavabo en la esquina, humedeció unas vendas y se envolvió con ellas la cara, cubriendo boca y nariz como si fuera una especie de momia parcial.

Uno de los pacientes inconscientes en las camillas tenía una varita de batalla junto a él. Siobhan la tomó.

La mesa de operaciones volcada estaba en su mayoría rota en ese momento, así que fue fácil arrastrar un lado fuera del camino.

Siobhan se quedó unos momentos en la puerta, claramente visible y lista para esquivar, canalizando cada reflejo que el Profesor Fekten había logrado inculcarle en el cuerpo.

Nadie la atacó.

Aún lista para caer al suelo o lanzarse hacia un lado en cualquier momento, Siobhan se adentró en la calle. La peste persistente era horrible, obligándola a ahogar un arcada. Nunca había sido particularmente delicada, pero había una razón por la cual parte del proceso de preparar esa poción requería una barrera protectora alrededor de la boca del caldero.

Rápida y metódicamente, dejó aturridos a todos los Morrow que pudo ver, hasta que la varita se quedó sin cargas. Algunos más intentaron escapar, pero los enforcers del Clan Pesadilla y del Ciervo Verde que los rodeaban los detuvieron.

Se aferró al Morrow inconsciente más cercano y lo arrastró hacia la enfermería improvisada. Sus aliados captaron la idea rápidamente y la ayudaron a arrastrar a los demás. Oliver quería rehenes, después de todo.

Dentro, la sanadora Nidson ya estaba en pie y trabajando nuevamente, usando la segunda mesa.

Señalando a los enforcers que la seguían, arrastró a su prisionero hasta la parte principal de la tienda, lo dejó caer y utilizó un hechizo para eliminar cualquier líquido sobrante de su boca, garganta y pulmones. “No quiero que ninguno de ellos muera por ahogarse con su propio vómito”. Repitió el proceso en los otros nuevos prisioneros, luego revisó rápidamente para asegurarse de que ninguno tuviera heridas potencialmente mortales.

Sus dedos temblaban con el manejo de su Conducto, y la habitación se tambaleó un poco cuando se puso en pie. Uno de los enforcers del Clan Pesadilla, un hombre con dos cuernos de cabra enroscados que brotaban de un matorral de cabello enredado, le sujetó el codo.

Siobhan le dio las gracias con un gesto torpe, apartando con dificultad las vendas húmedas de su rostro y limpiándose los ojos llorosos. “Revisa si llevan armas, luego átales las manos con firmeza. Reatúrales si es necesario. No podemos permitirnos desperdiciar pociones analgésicas manteniéndolos inconscientes”.

Regresó a la habitación trasera, apartando lágrimas y reprimiendo la tos. Se sentía como si hubiera frotado sus globos oculares y su garganta con una rodaja de cebolla. Observando a los heridos acostados en las camas y en el suelo, los que aún aguardaban tratamiento y los que ya estaban muertos, sintió momentáneamente una especie de desconexión. ‘¿Esto no es lo que Oliver había planeado, verdad? Algo debió salir mal. ¿Es siquiera seguro que permanezcamos en territorio de Morrow? ¿Y si ganan la pelea y vienen a matarnos a todos?’ Se pressingó la mano en el pecho, donde el corazón le latía con demasiada fuerza. No pensaba que tuviera miedo, pero el ardor en sus venas y la piel erizada en la nuca eran inconfundibles.

Miró a su alrededor con la vista perdida, segura de que algo peligroso acompañaba en la habitación.

“¿Escuchas, muchacha?” ladró Nidson.

Siobhan se sobresaltó, dándose vuelta hacia él con retraso, mientras el miedo irracional se disipaba.

Hurgando en el bolsillo de su chaqueta bajo su delantal ahora sucio, le arrojó una pequeña botella. “Toma eso y vuelve a trabajar. Necesito tres filtros de sellado pulmonar y piedra líquida”. Se volvió para señalar a un grupo de pacientes. “Cuando termines, administra a esos tres un refuerzo de regeneración, y a él una poción de curación suave. Me preocupa el camastro número tres, no se movió cuando estalló la primera detonación. Revisa su pulso y sus ojos para ver si están dilatados. Y necesito de regreso mi núcleo de bestia”.

El sanador continuó dando instrucciones con rapidez, mientras una parte del cerebro de Siobhan las iba registrando, y la otra se concentraba en el vial que le había recetado. La etiqueta manuscrita en el costado lo identificaba como una poción para agudizar la mente.

La poción para agudizar la mente no hacía en realidad que uno fuera más inteligente, pero podía aumentarla temporalmente, haciéndola más perceptiva y mejorando el rendimiento en situaciones que requerían realizar varias tareas a la vez, siempre que no se ingiriera en dosis excesivas que sobrecargaran los sentidos. Además, era una sustancia adictiva.

Ella bebió la única cucharada que quedaba en el frasco y arrojó la botella vacía al cajón donde se acumulaban otros frascos, frascos vacíos y frascos en desuso. Casi de inmediato, sintió cómo su concentración se intensificaba, su mente estructuraba con orden los pasos necesarios para cumplir con todas sus tareas de la manera más eficiente posible.

—No hay tiempo que perder, y no voy a dejar que estas personas mueran —pensó—. Buscó la varita de guerra que, en secreto, había deslizado de la insensible mano de uno de los Morrows capturados, ahora guardada en uno de sus bolsillos internos. La inscripciones junto a la palanca de activación indicaban que solo contenía hechizos de aturdimiento, nada demasiado poderoso, pero ella estaba segura de que aún quedaba alguna carga. —Si llegan más enemigos, también los enfrentaremos—.